

—Si ese es vuestro deseo, yo consiento,— dijo Susana, tirando uno de sus hermosos rizos rubios para disimular su satisfacción;— completaréis allí vuestra educación; en tanto yo arreglaré los asuntos de sucesión, siempre tan tristes, y antes de dos años nos reuniremos para siempre.

El plan fue adoptado sin réplica. Ciertamente no era este el de monsieur Darboys; pero sus dos hijas mayores se conformaron á él, diciéndose que así obedecían á la voluntad de su padre, puesto que procuraban no alterar la paz de la casa maternal, y con el alma á la vez triste y sumisa, volvieron al Sagrado Corazón.

—¿Te parece que pagamos poco caro el haber crecido?— preguntó á su hermana la impetuosa Valentina, al salir su madre del salón del convento después de dejarlas en él.

—Calla,— dijo Germana, poniéndole dulcemente la mano en la boca:— no hables así, que nuestro padre nos oye desde el cielo.

Valentina tomó aquella mano, la estrechó, y ambas lloraron durante largo rato.

Los últimos años de estudios de las dos niñas fueron sólidamente empleados: pero la alegría llena de esperanzas de la adolescencia no habitaba ya con ellas.

¡Ay! habían ya conocido la tristeza; una sombría nube se había extendido sobre el pasado y el porvenir les ofrecía sólo una perspectiva aflictiva! su mejor amigo no existía ya, y en el corazón de su madre otra tenía la parte mejor.

Valentina, sobre todo, cuyo natural había sido siempre tan alegre y tan vivo, parecía desfallecer bajo el peso de tan tristes preocupaciones; su hermana observaba su aire pensativo, su silencio y se inquietaba al ver que con frecuencia, en medio de una caricia, ó de una conversación familiar, se interrumpía con las lágrimas en los ojos.

Más de una vez la estrechó con repetidas preguntas. Pero Valentina permanecía muda ó respondía con tono evasivo:

—¡Hemos tenido tantas penas!

Más un día, conmovida por la inquietud de Germana, no pudo ya resistir á sus lágrimas y á sus besos, á sus preguntas llenas de ternura y de ansiedad, y le contestó:

—Tengo que hacerte una confidencia.

## VI

### El porvenir

Valentina recayó de nuevo en su silencio, como si una penosa confesión se hubiera detenido en sus labios.

—Habla, yo te lo ruego,—dijo Germana con ansiedad.

—No me atrevo.

—¿Por qué? Yo creo que no será nada de grave lo que vas á decir... alguna broma quizás...

Germana quiso sonreír al pronunciar estas palabras, pero no pudo: su instinto le decía que la viva emoción de su hermana tenía alguna causa grave y dolorosa; no podía creer en una falta, conociendo el alma pura de Valentina; era, pues, una desgracia.

—Hermana mía,—le dijo,—¿puedes tú ocultarme algo? Si tienes penas, ¿no es derecho mío el participar de ellas?

—Pues bien,—repuso Valentina tomándola una mano,—ayúdame, procura adivinar... yo no me atrevo á decírtelo...

—¿Es acaso una gran desgracia lo que quieres comunicarme? ¡Ay! desde la muerte de nuestro pobre padre, yo creo, Valentina, que no hay en la tierra más que una sola persona, que ocupe mi corazón; y esa eres tú, Valentina, tú, hermana mía, de quien no me he separado jamás.

En este instante una joven novicia á la que se había enviado, á causa de su débil salud, á respirar el aire embalsamado de la Turena, vino á pasar por delante de las dos hermanas. Valentina la siguió con los ojos.

—Ella también tenía una hermana, y la ha dejado,—balbuceó con voz trémula.

Germana palideció: un horrible temblor

sacudió todo su cuerpo, levantóse con espanto, y exclamó azorada:

—¿Qué es eso, Valentina? ¿quieres dejarme sola? ¿abandonarme? ¿quieres ser religiosa?

Valentina la estrechó en sus brazos, con indescriptible ternura.

—¡Tú sola me detendrías!—murmuró,—sólo temo á tu dolor.

—Nosotras no debíamos separarnos jamás, era cosa convenida; ¿ya has olvidado nuestros proyectos?

—¡Olvidarlos, Germana! ¡Cuántas veces los he acariciado! ¡Pero eran sueños de niñas, y nada más! Ya he visto que la vida no se arregla como se quiere. Supongamos que yo vuelva á casa contigo: se tratará de casarnos, una de las dos consentirá, y ya este es un motivo de separación. Tu marido, porque tú serás la que se case, te llevará á Tours ó á Orleans ó á Poitiers; he aquí el alejamiento: la distancia está entre nosotras: tendremos una existencia diferente, otras relaciones, otras costumbres... adiós la vida común... ¿puedes negarme esto?

—Pero, ¿podríamos vivir juntas en casa de nuestra madre!

—¿Es esto posible, Germana? ¿Puedes tú pensarlo y deseárselo? No permanece una donde no halla la dicha, y tú sabes, que dichas la una per la otra, sufriríamos sin embargo, mil pinchazos de alfiler, que al poco tiempo harían intolerable nuestra existencia en casa de mamá. Yo he pensado mucho en

esto y me he dicho.—Preciso será que un día me separe de Germana: la fuerza de las cosas lo querrá así. Pues bien, haré á Dios un sacrificio de buena voluntad, y ya que me llama, le responderé.

—¡Y por eso quieres hacerte religiosa!— exclamó Germana, echándole los dos brazos al cuello y deshaciéndose en lágrimas.— ¡Quieres dejarme! ¡Oh, hermana mía! ¡Jamás lo hubiera esperado de ti!

—Voy á decirte mis razones,— respondió Valentina con una firmeza triste que parecía el resultado de largas y serias reflexiones,— en tanto que nuestro buen padre ha vivido, la idea de ser religiosa ha atravesado alguna vez por mi cabeza, pero jamás me he detenido en ella; su rápida muerte me ha hecho ver lo inseguro de nuestros placeres y de nuestras afecciones. Además, temo más cada día la época en que debemos volver á casa; la presencia de mi padre bastaba para hacerme llevaderas mil tristezas, para dulcificar mil contrariedades; pero mi padre no existe; Dios le ha llamado á sí, y de hoy en más estaremos solas con mamá y con Angela, dos partidos, dos bandos opuestos.

—¡Dos bandos! ¡Ah, hermana mía! Espero que jamás habrá guerra en nuestra casa. Yo pertenezco al congreso de la paz.

—Gracias á tu buen carácter, no tendrás guerra; pero créeme, Germana, yo me conozco; y esta posición que aceptas, y de la que sabrás sacar partido, llegaría á ser peligrosa para la paz de los otros y para la mía: te lo

repito, me conozco y me hago justicia; tengo un carácter fogoso que la sinrazón irrita hasta un grado supremo; se amar, pero se odiar también; y ¡qué sería de mí, gran Dios, si un día llegase á odiar á esta niña, que mamá prefiere, y quién sabe si también á nuestra misma madre! Esta idea me horroriza, y no obstante, yo se, yo siento que sería posible que esto sucediese! Así, pues, déjame que huya del combate, antes de ser vencida en él; en otro centro, no teniendo que luchar á la vez con el cariño y con el resentimiento, guiada por buenos ejemplos, apoyada en una regla que ha conducido tantas almas al cielo, podré hacer algún bien, ó á lo menos evitaré el mal.

—¿Y son esos tus motivos?—preguntó Germana tristemente.—¡Ah! si mamá pudiera sospechar el mal que nos hace!

—No la acuses: te repetiré ahora lo que tú me has dicho tantas veces: no la juzguemos. Verdad es que el temor de no ser para ella lo que debería ser, ha contribuido á afirmarme en mi resolución; pero otros motivos me la han inspirado. No amo el mundo; le prefiero una vida oculta y laboriosa; me agradan los pobres y los niños... ¿Te acuerdas, Germana, que en la época de nuestra primera comunión iba al campo á enseñar el catecismo á las niñas que guardaban las cabras y los corderos?

—¡Oh, sí que me acuerdo! y recuerdo también que cosiste en dos días el vestido que mamá dió á Anita, una de tus educandas.

—Tienes razón: pues bien, eso es lo que necesito: vivir con los niños, instruirlos, cuidarlos, amarlos; ese es mi más vivo deseo, y por eso quiero hacerme Hermana de la Caridad.

Valentina había hablado con una decisión tranquila, que no era habitual en ella: sus palabras no nacían del entusiasmo del momento, eran hijas de largas reflexiones, de silenciosos combates habidos en el fondo de su corazón.

Germana, que conocía á su hermana, no esperó hacerla cambiar; no obstante, lo intentó: sus lágrimas, más elocuentes que sus palabras, defendieron su causa: evocó mil dulces recuerdos de su infancia en medio de sus sollozos: su cariño de toda la vida: Valentina lloraba escuchándola; pero al terminar Germana, respondió:

—¡Créeme, vale más que yo me vaya lejos... tú lo verás más tarde... Vivirás en paz con nuestra madre y con Angela, y yo no podría, ¡yo os turbaría á todas!... ¡Si obedezco á Dios, si le hago el más grande de todos los sacrificios, el de la privación de verte y de vivir á tu lado... créelo, Germana, nuestra familia será bendita, y de aquí á algunos años dirás que he tenido razón!

Reinó el silencio algunos instantes, al cabo de los cuales preguntó Germana:

—¿Sabe nuestra madre tu proyecto? ¿Se lo has escrito ya?

—No, hermana mía, se lo diré cuando, dejando ya la pensión, volvamos á casa.

Muchos días pasaron sin que Germana pudiera habituarse á la idea de no vivir con su hermana; todo el porvenir se volvía obscuro y confuso á sus ojos, si no lo partía con Valentina, y sin embargo, al observar á ésta no podía dudar de que su vocación era tan verdadera como sublime.

Valentina, por humildad, confesaba el temor del mal, pero no decía el deseo ardiente del bien de que estaba devorada, la necesidad de abnegación y de sacrificio que reinaba en su alma, el amor de Dios que la convidaba á las más dulces como á las más heróicas virtudes; pero Germana comprendió que su hermana se había alimentado con las palabras del Salvador:

*Todo lo que hagáis por uno de los desgraciados, lo miraré como hecho á mí propio.*

—Hermana mía,—le dijo un día Valentina,—yo sería más dichosa y partiría más contenta, si me dijeras: *Apruebo lo que haces.* ¿No me dirás esa dulce palabra?

—¡No puedo todavía!—murmuró Germana, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.—¡Déjame el tiempo de aceptar tan terrible sacrificio! ¡Oh, si pudiera acompañarte!

—No, tú no eres llamada á esta vocación; quédate al lado de nuestra madre; quizá llegue un día en que tenga gran necesidad de tí, Germana; tú te casas, me traerás á tus hijos, y seremos dos para amarlos.

—Mas ¿por qué renunciar tú al matrimonio, á la familia? Tan bella, tan elegante y

distinguida... ¡Ah, Valentina! ¡que yo lo hiciera se comprende, pero tú!

—Si valgo alguna cosa, tanto menos indigno será de la grandeza de Dios, el don que le hago de todo mi ser,—respondió sonriendo Valentina.

Germana suspiró y murmuró en voz baja y desolada:

—¡Nosotras no debíamos separarnos jamás!

Dos ó tres días después de esta conversación, Susana fue á ver á sus hijas, y á decirles que se preparasen á dejar la pensión para ir á su lado.

Cuando supo la resolución de Valentina quedó atónita y como espantada, porque la vida ruda que lleva al cielo asusta casi siempre: hizo á su hija todas las objeciones de una madre prudente y que comprende su deber; Valentina la escuchó con sumisión, la respondió con respeto, y aunque permaneció firme en su decisión, accedió á pasar un año en la casa materna, á fin de reflexionar durante él y consultar consigo misma, antes de comprometerse para siempre.

Madama Darboys había cumplido su deber; pero si alguna mirada hubiera podido penetrar en el fondo de su corazón, quizá hubiera hallado en él una alegría silenciosa.

Ella misma lo había confesado á su marido algún tiempo antes; concedía un gran precio á los dones exteriores y la belleza de Angela, su gracia infantil, habían cautivado de una manera invencible su corazón.

Durante algunos años la había comparado con amor á sus hijas mayores, y le parecía que éstas no lisonjeaban en nada esa vanidad que todas las madres, desde Niobe, ocultan en un pliegue de su corazón. Esta preferencia había crecido con los años, se había fortificado con la contradicción, y la había alejado poco á poco de los débiles seres que tenían los primeros derechos á su cariño.

No fue, pues, sin un sentimiento secreto de celos que se apercibió del cambio que el tiempo, siempre favorable á la juventud, había operado en Valentina. La niña graciosa, la adolescente delicada, se había hecho una joven seductora. Habíase realizado en Valentina esa metamorfosis que la primavera opera cuando transforma una rama árida y olvidada en un ramillete rosado y florido.

Había crecido mucho: su talle esbelto y elegante anunciaba la fuerza y la salud; sus cabellos, de un rubio pálido cuando niña, habían tomado los dorados reflejos tan queridos de los pintores venecianos, y guarnecían con espesos y sedosos bucles, y con gruesas trenzas, una frente serena y abovedada, que parecía el asiento del candor y de la reflexión: sus ojos, de color azul obscuro, tenían en su mirada centellas y caricias; la nariz, ligeramente aguileña, la boca, de un adorable dibujo, sonreía de acuerdo con los ojos, y la tez, de una palidez de nacar y rosa, y de la que ninguna

fatiga había alterado los dulces matices, acababan de dar á aquel rostro encantador la doble belleza que resulta de la armonía y pureza de las líneas y de la gracia de la expresión.

Angela, á pesar de su hermosura, á pesar de sus ojos y de sus cabellos negros, no podía brillar jamás al lado de su hermana mayor. Su madre se apercibió de esto, y quizá se regocijó al pensar que Valentina iba á ocultar su joven belleza bajo la gran cofia blanca y el hábito de estameña, que han ocultado tantos nombres ilustres, tantos hermosos rostros y tantas brillantes esperanzas.

Germana no la inspiraba los mismos temores; los años habían añadido poco á su gracia sencilla, á su dulce encanto de adolescente. Se parecía á Valentina, menos en el brillo y la gracia soberana. Dorados se habían quedado sus cabellos y azules como el cielo sus grandes ojos; tenía la misma cabellera que su hermana, menos los opulentos reflejos, las mismas facciones, menos la delicada cinceladura, la misma tez, menos la finura exquisita. Se reparaba poco en ella y ella misma deseaba pasar desapercibida.

Todo en Germana era tranquilo; la modestia se veía en su voz, en sus ademanes, en su silencio, en su sonrisa: durante largo tiempo podía pasar desapercibida, pero una vez conocida y amada, ya no se la olvidaba jamás.

## VII

## Las gemelas

Nada tuvo de amargo aquel año de espera y de reflexión; aunque las dos hermanas no podían llevar los ojos al porvenir sin entrever una separación terrible, disfrutaban de la dicha de estar juntas como se goza de la belleza del cielo, aunque una nube negra crezca en el horizonte.

No se separaban nunca; Madama Darboys iba á Tours, hacía visitas, se vestía con elegancia, hacía pequeñas excursiones de negocios, y llevaba siempre consigo á su hija menor, que había llegado á ser su inseparable compañera.

Valentina y Germana quedaban entregadas al placer de su intimidad. Su madre las excusaba con sus numerosas amigas, diciendo:

—No traigo á Germana, porque la queda ya muy escaso tiempo que pasar con Valen-